

MILTON ROSSEL

JULIO BARRENECHEA, PREMIO
NACIONAL DE LITERATURA, 1960

SU VIDA y su palabra poética se corresponden en armoniosa consonancia. Ha sido Julio Barrenechea fiel a sí mismo en su caminar por los espacios de la tierra y del espíritu tras la aventura de saber y decir, de hacer y cantar. Y si se señalan distintos aspectos en su actitud humana y vital, son ellos las necesarias reacciones a la multiplicidad de su mundo íntimo y de las circunstancias en torno. Pero el latido de su fibra cordial es el mismo con variadas resonancias.

Muchacho, enciende su palabra de fervor esperanzado y libertario. Aparece entonces su primer libro *Mitín de las mariposas*, ágil y retozón, resabio de su adolescencia, como resistiéndose a llevar el peso de su primacía de caudillo estudiantil y de político en ciernes. Descarga de prematuras y hasta peligrosas responsabilidades de animador y conductor de jóvenes ilusionados. Un volatinero del verso bajo la carpa en que todo es gracia y alegría, mientras en el tinglado quedó vibrando su verbo admonitorio.

Maduro sin prisa, sensato sin gravedad, su elocuencia se afina y profundiza en la tribuna parlamentaria, siempre como poeta, soñador en mejores amaneceres para la humanidad proletaria. No por ello se siente poseído de verdades superiores ni deja de estar atento a la realidad inmediata que sintoniza en los versos de su libro *Rumor del mundo*. Imágenes sorprendentes, traslación metafórica de vocablos cotidianos y de nombres domésticos, verso rápido, musical, las poesías de este libro resumen emoción auténtica a través de ricas modalida-

des expresivas como un abalorio de variadas tonalidades. Ya todo un poeta es Julio Barrenechea en *Rumor del mundo*.

Hay en este libro composiciones inolvidables. Así, "Brindis por Juvencio Valle", de la cual es esta estrofa:

Juvencio Vegetal, Rector del bosque.
Marinero de un verde y oloroso navío.
Empresario de lluvias, padrino de los ríos
amador de la luz, conductor cristalino.

Inolvidable también es "Habanera", donde la música del verso parece reproducir el andar lánguido y voluptuoso de las negras:

"Cuatro negras que a la seda
dan un golpe dibujado,
con las ligas, con los muslos
y el comienzo del bordado.

Sin saberlo cuatro negras
por el barrio del Vedado.
Cuatro negras sin quererlo
me han dejado perfumado."

Pero el poeta no se queda en la motivación objetiva. Enriquecido en dolor y pasión, se mira a sí mismo tras el ingrediente inspirador. Así en las composiciones "Recojo la tristeza", "En el tiempo", "Rienda perdida" y sobre todo "Esfuerzo hacia la muerte". Ya no es en las composiciones mencionadas el malabarista de palabras e imágenes, el poeta que sólo escucha el rumor del mundo que lo rodea, sino también el de su propio mundo inaudible. Consciente de esta nueva actitud, nos la dice en los siguientes versos:

"Y no sé si yo estoy adentro de las cosas,
o si van por mi sangre navegando las rosas.
Pero tengo en el mundo el corazón hundido,
y escucho su rumor junto con mi latido."

Son como anticipación de la poesía de *Diario morir*, libro de plenitud, en que no disimula la angustia de existir y perecer. Tres etapas señala el propio poeta en el decurso de su tiempo vital, expresadas en el *Mitín de las mariposas*, en *Rumor del mundo* y ahora en *Diario morir*:

“Allá, mi corazón de vertiente o cascada.
Allá, mi claro corazón de río.
Aquí, mi corazón de mar.”

Llega Julio Barrenechea al período de la madurez y meditación, de recogimiento para atisbar los designios de su vivir. Nos lo dice con palabras sencillas, asordinadamente, en versos de tono menor, sin clamoreo de imágenes rutilantes ni vehemencia verbal. Su poesía es quintaesencia de su sentir y pensar, para sólo transmitir la emoción desnuda y sincera como síntesis de sus introspecciones.

La muerte es el *leitmotiv* de *Diario morir*. Nada de patetismo elegíaco ni de angustia desesperanzada. Serenidad estoica —senequismo—, aceptación resignada, despertar consciente al llamado de la realidad inevitable del no ser. Lo expresa con nítida y precisa claridad:

“No pensar en la muerte
es no ser uno mismo.
Es caminar dormido
al borde del abismo.
Si vivir es morir
un día cada día.
Si en esta lenta muerte
la razón de la vida.
Si sentimos es ver
que perdemos el día,
no pensar en la muerte
es no amar a la vida.”

El poeta, adelantándose a su edad cronológica, mira el tiem-

po pasado como la muerte que lleva consigo, incluso el recuerdo ya no pertenece a su vida. Lo fundamental para él es lo que tiene por delante, lo que ha de vivirse:

“Los años que poseo
no son los ya vividos,
sino los que me quedan.
Lo que dejé de ser entró en mi muerte,
y lo que más recuerdo es menos mío.”

Se siente vivo porque está lleno de porvenir, de futuro, de ese “tiempo virginal donde aún se pueden hacer siembras”. Por eso, sus versos no tiene el acento elegíaco del que ya nada espera y sólo vive de los recuerdos engrandecidos del “tiempo gastado”. Versos profundos de quien ha hollado los más sinuosos y escondidos senderos y sale a la llanura infinita donde todavía hay caminos por recorrer y perspectivas que divisar. Apenas una leve melancolía nubla la visión de su horizonte, que desvanece la vitalidad de su espíritu en esa actitud jocunda de sentirse vivir mientras quede futuro.

Poesía verdadera, sin elementos espurios que limiten o desvíen su personalísima preocupación por lo trascendente. Serenidad y concisión clásica del poeta que escaló la cumbre y ninguna suerte de vientos —favorables o desfavorables— altera la pureza de su expresión íntima.

Otros títulos integran la bibliografía de Julio Barrenechea: *Espejo del sueño*, *Mi ciudad*, *El libro del amor*, *Vida del poeta* y *Poesías completas*, editado en Quito, 1958. Nos hemos detenido en *El mitín de las mariposas*, *Rumor del mundo* y especialmente en *Diario morir*, porque estimamos que estos tres libros dan la medida del devenir de su poesía en los estadios de sus sentimientos frente a la vida y a su destino.

Hay en Julio Barrenechea un poeta de verdad y calidad. Sabe él de la música de las palabras, poetiza con imágenes y sugerencias lo vulgar y transitorio y ha mirado el espectáculo de la vida desde el llano y la cima, para abarcar ampliamente

el mundo reducido de su yo intransferible y el grande en que vive inmerso, braceando.

Al otorgársele el Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1960, no se ha hecho más que valorar justicieramente su labor poética realizada a través de toda su existencia, sin premura ni vanagloria, digna y recatadamente.